

Director de la colección: **Humberto Pérez-Tomé Román**  
amosca@sekotia.com

© al prólogo: **Luis Quesada Barbado**  
© a los textos: **Louis Carrère**  
© a la edición: **Sekotia, s.l.**

Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright.

**Editorial Sekotia, S.L.**  
C/ Gamonal 5, 1º18. 28031 Madrid  
Tel.: 91 433 73 28 sekotia@sekotia.com  
www.sekotia.com

**PRODUCCIÓN, ARTE FINAL Y PREIMPRESIÓN**  
HB&h, S.L. Dirección de Arte y Edición  
www.grupo-hbh.com  
ISBN: 978-84-96899-27-8  
DEP. LEGAL: SE-5077-2008

L. CARRÈRE

**LA  
TRUCHA  
CON  
MOSCAS  
ARTIFICIALES**

A detailed black and white illustration of a trout, shown from a side profile, hooked on a fishing line. The fish's mouth is wide open, gripping the artificial fly. The fish has a dark body with numerous light-colored spots. The fishing line extends from the top right towards the fish's mouth. The background is a simple, textured grey wash, suggesting a natural outdoor setting. The entire illustration is framed by a rough, torn paper border.

**MATERIAL  
FABRICACIÓN DE LA MOSCA  
LA PESCA**

**MADRID  
1934**

Luis Quesada Barbado

# **Tinta indeleble**

¿Crin de caballo o fluoro carbono?

Año 2008

*Obra interesante, de puro deporte, en la que se detallan con minuciosidad todos cuantos datos son precisos para el difícil arte de lanzar la mosca. El modo de fabricar las distintas clases de moscas empleadas en todas las regiones de España. Obra amena que todo buen deportista debe tener en su biblioteca. De venta en la Administración de este Almanaque. Precio 6 pesetas.*

Así sintetizaba el redactor publicitario los contenidos de “La trucha con moscas artificiales” de Louis Carrère. El medio en que aparecía el anuncio, *El almanaque del pescador*. El anunciante, *Fermín Amor, Espronceda Núm. 6 – Madrid. Representaciones de toda clase de artículos de pesca, nacionales y extranjeros*. El año, 1935.

Cuando te encargan escribir el prólogo de un libro como este, te trasladan una enorme responsabilidad. Yo siento en estos momentos las dudas que le debieron surgir a mi amigo Juan Delibes cuando le pedí, en 1995, que prologase mi librito “¡Se están cebando!” Y salió más que airoso del lance.

En cualquier caso, hay varias maneras de afrontar el trabajo: desde una perspectiva histórica con rigor científico, lo cual no es mi caso dado el corto bagaje que tengo sobre el tema, corriendo el riesgo de equivocarme constantemente; tomártelo como un relato

de lo que ha influido en tu forma de actuar o entender la actividad a la que se refiere el libro –en este caso, la pesca a mosca– a partir del conocimiento de la obra en cuestión, que tampoco es lo que encaja en mi situación porque no conocía el libro más que de referencia, hasta que la editorial me lo entregó para empezar el prólogo. O ponerte creativo y buscarle aspectos diferentes y divergentes con estos dos caminos anteriores, lo cual ha sido mi elección.

Cuando ves esas ilustraciones tan cándidas, esos pescadores con sombrero de calle y chaqueta de dos botones en la bocamanga, que aún he conocido siendo niño yendo de pesca con mi padre a Barco de Ávila, te sientes de verdad en tiempos lejanos. Entonces tienes dos opciones: dejarte caer en manos de la añoranza, si es que tienes años para hacer tal cosa, o imaginar.

Los seres humanos estamos siempre persiguiendo el mito de *El Túnel del Tiempo*. ¿O me pasa sólo a mí? A veces, nos trasladamos mentalmente a épocas más o menos remotas y pescamos en aquellas aguas que suponemos siempre mejores y más repletas de truchas que ahora. ¿Sería cierto? ¿De verdad, en la pesca, *cualquiera tiempo pasado fue mejor...*? De hecho, yo escribí una pequeña nota, en tono de broma, en un artículo de la sección *Ríos de Tinta* de la revista Trofeo Pesca:

### **“El túnel del tiempo**

Imagínese usted mismo vadeando por las aguas del Tajo, el Carrión o el Órbigo... de hace ¡500 años! Esto es lo que nos propone la *First Ancient Revival International Organization* (FARIO), de Granton, WI, USA. Simplemente, volver a pescar los ríos que nos gustan, pero no en

esa ocasión de hace una o dos temporadas, en que tanto nos divertimos, sino tal y como estaban hace ¡cinco siglos! ¿Cuántas veces lo hemos imaginado? ”¡Habría que haber visto este río hace siglos...!” Pues ahora es posible, gracias a la tecnología *CSI* (Cosas Siempre Increíbles), que recrea virtualmente aquellos entornos, a partir de unos datos de geología, botánica y fauna de la zona. Los introduce en su macro-ordenador y, en una semana, desarrolla un tramo de 20 Km. de cualquier río del mundo, tal como estaba hace 500 años. Basado en cálculos matemáticos y en imágenes de la zona recibidas de los satélites, el programa es de una precisión increíble y un realismo espectacular, hasta tal punto, que cuando acabas tu experiencia con FARIO, tienes los vadeadores mojados...

Una densidad de peces tan grande como no podrías imaginar; pero éste no es un juego de ordenador al uso. Estás en el río que tú conoces, pero con la vegetación, la densidad de pesca, los mamíferos y los insectos de aquella época, muchos desaparecidos de la zona hace incontables años. Y tú pescas con tu propio equipo, tus moscas, tu caña, todo. Lo que cambia son tus polarizadas. Sólo necesitas las gafas de *chive visión* que ya vienen acondicionadas para cada río: un río, unas gafas. Y tienes la posibilidad de pescar en el río que quieras, de nuestro país o del que se te antoje. Sólo necesitas 100 euros por cada par de gafas. Un precio increíble que se consigue reducir tanto, según FARIO, porque lo caro es el primer par de gafas, a partir de ahí el coste se reduce considerablemente.

Pensemos en las aplicaciones de este invento. Es un excelente regalo para cualquier aficionado. Una guía útil para gestores que quieran recuperar el hábitat perdido. Una herramienta de calidad para estudiosos de las Ciencias de la Naturaleza. Un puñetazo en la conciencia de los que hemos dejado perder esta maravilla. Un punto de reflexión para que no vuelva a suceder. Una gran ayuda para antes de ir a pescar un río que desconoces por completo. Un peligro para los viciados de la pesca. Otro peligro para los que no saben distinguir la realidad de la ficción. La oportunidad de hacer ese viaje de pesca soñado a los confines del mundo, sin salir de casa... (Cuidado, no vayas a pedir unas gafas de un río de Patagonia: allí las truchas llevan menos de 100 años.) Un rato inolvidable para cualquier día del invierno que estamos viviendo.

Ante el éxito obtenido en los primeros meses de comercialización de este producto, la compañía estaba pensando en desarrollar el mismo modelo de gafas, pero situándose 500 años en el futuro. Ha desestimado el proyecto porque los resultados eran muy desalentadores. Y no te digo más.

*American Antes - Diciembre 1406 ”*

Mi admirado amigo Emilio Fernández Román, desde mi punto de vista el más prolífico autor español en materia de pesca, me comentó un día un proyecto navegando por el río *Gander* en Canadá, mientras perseguíamos salmones atlánticos con una caña de mosca desde una barca. No voy a desvelar los detalles, desde luego, porque la obra en cuestión sigue inédita, pero su idea principal

también giraba en torno a esto que nos ocupa en estos momentos: la fantasía de pescar en nuestros ríos trucheros en épocas lejanas en el tiempo.

Otro amigo, otro río: Darrel Martin en el Najerilla. Me muestra su último libro, *The Fly-Fisher's Craft. The Art and History* (La artesanía del pescador a mosca. El arte y la historia.) No quiero ser yo quien exprese aquí su opinión sobre la obra de un amigo: podría parecer parcial. Por eso reseño algunos comentarios sobre este libro que nos revelan su auténtico carácter:

*“Este libro abre una ventana sobre la historia de la pesca a mosca tal y como se refleja en la confección de las cosas, las herramientas y equipo de la pesca a mosca... y las miradas que echamos desde esta ventana son fascinantes.” Ted Leeson. “Darrel Martin ha investigado dos milenios de literatura de pesca a mosca para producir una historia práctica de sus herramientas esenciales: anzuelos forjados a mano, líneas de crin de caballo trenzadas, cañas de fresno, moscas antiguas y modernas... Un libro que deja al lector intrigado, deleitado y enriquecido con su lectura.” James R. Babb.*

Si grandes autores como estos han dedicado un tiempo, que podían haber pasado pescando, a bucear en el pasado tratando de descubrir razones y consecuencias de aquella actividad que comenzó supuestamente hace veintitantos siglos, debe ser porque recogen una inquietud no sólo personal sino más generalizada. A todos nos pica la curiosidad de saber los orígenes de nuestro deporte/afición, las coincidencias entre técnicas y útiles antiguos

y modernos, qué conservamos de los tiempos remotos de la pesca a mosca y qué ha pasado ya a la historia. Pero, precisamente porque ya están ellos y sus magníficas obras de investigación, como ya he dicho más arriba, yo sólo me plantearé una especulación abierta, sin tratar de llegar a conclusiones ni moralejas: que cada uno saque las suyas.

A continuación expongo un texto del propio Louis de Carrère que, en realidad, serviría por sí solo como prólogo a la presente edición de este libro. Un lector imaginativo y sagaz, podría descubrir en este *credo* del mosquero francés, su estilo como pescador y casi como persona. Apareció, una vez más, en la edición de 1935 del “Almanaque del Pescador”, esa revista, que junto con la de 1936, me ha proporcionado tantos ratos de emocionada lectura, con la sensación de encontrarme –de verdad- navegando por el túnel del tiempo. En mis manos el papel fibroso y amarillento, ya pardo en los extremos, ese olor inconfundible del libro de viejo, la tipografía, la letra, característica de la época, con las imperfecciones propias de la linotipia, mezcla entre técnica y arte practicado por aquellos tipógrafos, que colocaban en cajas alineadas los tipos, letras, signos, espacios, uno por uno y a toda velocidad. Nunca agradeceré lo suficiente a mi amigo Florentino Cimas que compartiese conmigo este tesoro familiar: Almanaque del Pescador. Año 1935. Guía del Pescador Moderno. Calendario del Pescador Deportivo. – Artículos de Historia Natural, Piscicultura, etc. – Métodos, Técnicas, Consejos, Noticiarios, Anécdotas, Cuentos. Director-Propietario: JOAQUÍN AROCA. Apartado de Correos 7092. Madrid.

En él, escribió esto Louis Carrére:

### **“Cómo se pesca la trucha con moscas artificiales**

Dice un refrán castellano: <<Por la boca muere el pez.>>

Hablando entre pescadores esto es cierto de toda certeza. El pez, no obstante, puede morir por culpa de una nutria, un dinamitero, un virtuoso del <<franco>> (especie de arpón utilizado por los furtivos), etc... Muere por la boca, generalmente, a causa del anzuelo, y no digo del pescador. Es lo que quisiera explicar a los lectores del AL-MANAQUE.

En los ríos, sobre todo en primavera, existen, aparte de los peces, multitud de seres vivientes: moluscos, crustáceos, larvas, ninfas, etc. Estos, unidos a los insectos que viven habitualmente, ya en las mismas orillas, ya en sus proximidades, son, con los pececitos y las ranas la comida favorita de la trucha.

Lo que llama más particularmente la atención al abrir el estómago de las truchas es la cantidad enorme de <<moscas>> que contiene. Algunos autores haliéuticos han llegado a determinar la proporción de cada insecto encontrado en su estómago según la época del año. Es una estadística inútil: la proporción de cada familia de insectos no es constante. El terreno, el fondo del río y el tipo de sus márgenes son los factores que hacen variar las proporciones un tanto extravagantes de la fauna acuática en lo que a variedad y cantidad se refiere.

Un hecho indiscutible: la trucha tiene generalmente en su estómago una cantidad de moscas superior al 70 por 100 del contenido total de la comida. Como nosotros los pescadores pretendemos <<matar>> las truchas *por la boca*, este dato es suficiente para indicarnos qué mosca o qué cebo debemos emplear dentro de las leyes que todo buen aficionado se dicta con relación a la pureza del deporte.

**Moscas indispensables.**- En cualquier río de la península, según mi experiencia, se puede y se debe pescar con cinco moscas: todas con las alas gris claro y los cuerpos de seda de los colores siguientes: gris perla, caldera, rosa fuerte, morado o negro y garbanzo. Con esto no queremos negar en modo alguno la eficacia de otras muchas <<moscas>>.

Aquí protestarán algunos puristas: conozco el modo centenario de hacer las moscas según los *ritos del Sil*. Yo también conozco esas <<moscas>> de cinco colores de seda y siete plumas de colores distintos mezclados con arte; aprecio en todo su valor tan admirables *posturas*; pero no pesco con ellas ni pierdo mi tiempo en montarlas. Tampoco lo pierden en ello mis maestros franceses e ingleses.

**Caña.**- Ha de ser hexagonal, de bambú refundido, y su largo ideal de 11 a 12 pies. Con una caña de tal *distancia* y una cola de ratón algo pesado (G.D.G. es un grueso prudencial), unas medias de goma altas y algo de afición, se pueden hacer maravillas.

**El Carrete.**- Aquí, como sirve casi exclusivamente para llevar la seda haciendo cuerpo con la caña según el sistema

universalmente adoptado, no tiene importancia más que... la seda que ha de caber en él. Para evitar enredos durante la *acción de pesca*, escójase un modelo que lleve la manilla fija en la mismísima placa giratoria y no en el eje del carrete, punto crítico de los trágicos enganches.

**Material accesorio.**- Una cesta o un saco especial para llevar las truchas. Es un artefacto que a veces es inútil aún para el mejor pescador; por eso lo considero accesorio.

Una cajita, cuanto más elegante peor para los envidiosos, en la que se colocarán 3 o 4 docenas de <moscas> surtidas en los colores ya indicados. Los anzuelos en los que se monten las <moscas>: números 10 y 12. Una mosca pequeña pescará lógicamente más que un <Junkers>, tipo gran raid, por parecerse más a la mosca natural que un artefacto montado sobre anzuelo del 8 o del 9.

Otra caja, llamada humedecedora, para llevar ya mojados aparejos y pelos para su reposición, lo que nos evitará pérdidas de tiempo en los momentos mejores del día; en esos momentos es cuando se suelen perder los aparejos.

El aparejo llevará tres o cuatro moscas a lo sumo. También se pesca con una sola <mosca>. Pero esto no es para los debutantes ni para los recién iniciados.

**La Pesca.**- (a mosca) Es el modo más sencillo para pescar la trucha y el más difícil para cogerla.

Se lanza el aparejo cruzando la corriente, ligeramente aguas arriba, dejándolo navegar en la superficie, entre dos aguas o hacia el fondo, *según los caprichos de la corriente*.

Considerando sólo la mosca de la punta ésta describe un arco de círculo cuyo centro es precisamente el pescador.

Se lanza el aparejo a una distancia de 8 o 12 metros. Más es inútil: sólo sirve para <epatar> a los inofensivos y beatos noveles. No es práctico el lanzamiento a más de 12 metros porque cuando se produce la picada, como se manifiesta bajo la forma arcaica de un sencillo tirón, no se advierte ni se ve.

Para llevar bien la caña, es decir para aprovechar su sensibilidad, su flexibilidad en una palabra, conviene llevarla algo levantada, unos 25 o 30 grados sobre la horizontal, y es suficiente. Así se pierden menos truchas y se justifica la necesidad de una caña de bambú refundido de cierta categoría. Cuando se engancha una buena pieza, debe trabajarse siempre *con la caña de costado*, según el estilo francés, y no con la caña vertical, según el estilo inglés. Así se dominará mejor el pez y se cansará mucho antes. Haced la prueba.

**Secretos.**- Ahí van los que conozco. Pescad finísimo, de 3 a 5 X. Emplear <moscas> pequeñas, número 12 a 14. Esconderse lo más posible. Lanzar correctamente y todo lo más a doce metros. No perder el tiempo con trucha presumida o juguetona que no se <entrega> a la segunda o tercera *tentación* del aparejo. Volver mucho al mismo río, aunque no sea el mejor de la comarca. Utilizar la sacadora o redeña para sacar del agua las truchas que pesen más de 150 gramos: la sacadora no se cansa por tan pequeño

esfuerzo y la caña conserva así sus cualidades iniciales a nuestra mayor satisfacción.

**Louis CARRÉRE.**

Autor de <<La Trucha con moscas artificiales>>”

¿Cómo eran los ríos españoles cuando Louis Carrére pescaba en ellos? Desgraciadamente es cada vez más difícil encontrar testimonios de primera mano de personas que tuviesen en aquella época la edad suficiente como para hoy, después de 74 años de la primera edición del libro de Carrére, seguir recordando el estado de los ríos y masas de agua en la España republicana de los años anteriores a la Guerra Civil. Por cierto, al margen de lo que todos hemos escuchado sobre la pesca con bombas de mano o dinamita, en los años de la propia guerra y posguerra, ¿cómo afectaría la contienda a las poblaciones de truchas y otros peces en las aguas ibéricas? ¿Y la reglamentación, cómo variaría? Esto último es más fácil de conocer con seguridad, pero ¿se aplicaría, habría guardaría suficiente para hacerlo? Yo estoy harto de decir que de nada sirve regular con las mejores leyes, las más avanzadas, las más adaptadas a la realidad, las más justas, si luego no hay una fuerza de vigilancia que las haga cumplir a pie de río. Y, en aquellos lejanos años, me parece que la guardería se utilizaba en guardar otras cosas y no precisamente los peces de los ríos. En este aspecto, creo que poco ha cambiado la cosa. Rebajemos nuestra tendencia natural a pensar que la historia empieza con nosotros:

“No pretendo enmendar la plana, como vulgarmente se dice, a los técnicos que tienen reconocidos méritos sobre la labor que vienen efectuando, ni puedo igualarme con esos pescadores, ver-

daderos técnicos en cuanto al arte de pescar: sigo creyéndome un modestísimo cofrade, que gracias a la enorme afición que siento no me ha hecho colgar la caña visto el poco respeto y cariño que se siente por tan bonito deporte... Varios son los exponentes del problema que vamos a tratar: recría (reproducción), guardería o vigilancia y labor pedagógica. Recría.- ...no comprendo por qué regla de tres en el caso de la trucha dice la ley que puede pescarse todo el año... por cada trucha pescada en este tiempo se malogran las que están a punto de nacer. Guardería.- ...conocemos para toda Álava un solo vigilante de pesca del Estado... cobra 5,50 pesetas diarias y con este jornal no puede pedirse ni más actividad ni más entusiasmo. Labor pedagógica.- ...y por los Ayuntamientos, celebrar la <Fiesta del Pez> como ya se ha hecho con la <Fiesta del Árbol> con resultados de gran eficacia.”

Todo esto lo planteaba, ya en 1934, Don Luis Manso Ruiz, de Vitoria, en el “Almanaque del Pescador.”

¿Y los embalses? Muchos de los embalses españoles que hoy conocemos son originales de la década de 1960. Y la inmensa mayoría de “después de la Guerra,” como se suele decir. Los cursos habrán variado enormemente con su construcción. Y los movimientos de peces. Y las zonas de pesca. Y la temperatura del agua. Y las eclosiones de insectos que habitan en cada zona. Carrère pudo pescar el mismo tramo de río que hoy pescamos nosotros y, dejando a un lado el pensamiento de Heráclito, “No se puede bañar uno dos veces en el mismo río”, no tener nada que ver ni la anchura, ni la vegetación, ni las eclosiones de entonces con las de ahora.

¿Y la pureza de las aguas? La cantidad de habitantes de las riberas de los ríos se ha incrementado tremendamente en estos 74 años. Y su producción de residuos. Y el uso de los ríos como destino final de determinados *sobrantes* (aceite de motor, electrodomésticos, neumáticos, vehículos enteros o en parte...) Y la utilización de detergentes. Imaginemos un poco más. “Uno de esos días, atendiendo los consejos de unas lavanderas cantarinas y joviales, me puse a pescar junto a ellas, ya que allí los peces eran numerosos y confiados, al punto de llegar hasta sus mismos cajones de lavar.” Joaquín Aroca, 1934. Aquellas lavanderas, probablemente, utilizaban jabón casero para lavar en el río, absolutamente biodegradable.

Pero, aunque hoy se ensucia más y con productos más agresivos para el medio, se ha incrementado el número de depuradoras. Y se ha reducido el de cabezas de ganado. Sin embargo han crecido el uso de abonos y plaguicidas. Insisto en que no juzgo ni saco moraleja de los cambios del tiempo: hago una reflexión.

No hay duda de que, en los años de Carrére y su libro, llegar al río no era tan fácil. ¿Quién disponía de un coche o una motocicleta para llegar, no a pie de río como hoy, sino para aproximarse a él? Hoy las carreteras y los vehículos son mejores, pero las distancias para encontrar un buen río truchero, especialmente si vives en una gran ciudad, no paran de acrecentarse. Además, objetivamente, los ríos trucheros son menos. Yo aún recuerdo subir con mi padre a pescar al Guadarrama bogas y bermejuelas en La Navata, donde hoy vivo precisamente, sabiendo que a escasos kilómetros aguas arriba, entre Villalba y el pueblo de Guadarrama, había una aceptable población truchera hoy extinguida. Y, si sumas a esto el

hecho de que los pescadores somos muchísimos más y encontrar un tramo aceptablemente vacío de “competidores” es cada vez más difícil, no sabría decir si el balance final es positivo.

El autor del prólogo original de “La trucha con moscas artificiales”, M. Morales de Acevedo, define esta obra como innovadora en su tiempo en estos términos: “La bibliografía de pesca está, pues, bien nutrida aunque en ella se observen algunos claros. Se habla de la pesca en general, de sus procedimientos más en uso, pero no existe un libro dedicado a una sola especie y a un solo procedimiento que explique, prácticamente o de modo gráfico y claro, el modo de emplear aquel procedimiento.” Así pues, nos encontramos en las primeras páginas de un libro que marcó la diferencia en su momento, iniciando el camino de la especialización que, mucho después, hemos seguido otros autores o editores, con títulos más o menos ambiciosos que abarcan desde el tratado más o menos completo a la reseña personal de una peripecia mosquera a lo largo de unas cuantas temporadas de pesca, como es mi propio caso.

Apenas veinte años antes de que Carrère publicase su libro, J.C. Mottram, un autor inglés, escribió *Fly-Fishing, some new arts and mysteries*. En este volumen nos presenta sus profecías sobre la pesca a mosca en 2014, a cien años vista de aquella época y a seis del día de hoy. Pensaba que los insectos se criarían artificialmente y serían distribuidos en los ríos justo antes de que llegasen los pescadores. El análisis de los fluidos de las ninfas permitiría averiguar cuál sería el momento exacto de la eclosión. Las truchas repobladas serían conocidas por su propio nombre y hábitos. Las cañas serían finísimas y los carretes casi no opondrían resistencia.

Para proteger un equipo tan delicado, toda la vegetación acuática se segaría a sólo 15 centímetros del fondo. Y ningún pescador podría matar una trucha, a menos que la hubiese capturado y etiquetado tres veces previamente. ¿Había algún trasfondo de verdad en sus anticipaciones?

Desde 1934 hasta el final de la primera decena del siglo XXI muchas cosas han cambiado. Otras, muy poco. Nos damos cuenta, al leer libros como este que tienes en las manos y pensar en nuestra propia experiencia como pescadores a mosca de hoy, de que nada ha cambiado en el objeto de nuestra persecución y, muchas veces, nuestra obsesión: la trucha. Por encima de consideraciones genéticas o evolutivas, que tienen su importancia indudable para ser tratadas aparte, pensando exclusivamente en la trucha como animal salvaje, como ser vivo que nos reta desde su hábitat a medir nuestro intelecto con su instinto, nada ha cambiado. Y, si nos remontásemos otros 1.934 años atrás, tampoco. En la pesca a mosca, cambian los equipos, los materiales, pero las técnicas básicas siguen siendo muy similares si las estudiamos con cierto detalle. Y es que los dos extremos de la línea, para nosotros, siguen siendo los mismos: un pez y un ser humano. Y que no cambien.

**Luis Quesada Barbado**

*La Navata, verano de 2008*

Louis Carrère

# **La Trucha con Moscas Artificiales**

Material es · Fabricación de la mosca · La pesca

Año 1934

ES PROPIEDAD

---

---

## A MODO DE PRÓLOGO

---

*No soy pescador, jamás sentí inclinación por tan noble deporte; fui compañero expectante de excelentes pescadores y, desde luego comprendí que la pesca es un arte que iguala en categoría al de la caza por el que siento fervorosa afición y practico siempre que puedo.*

*Mi profesión me obligó a desmenuzar los preceptos contenidos en nuestras leyes de caza y de pesca fluvial para aplicarlos a los casos prácticos que se me presentaban a estudio en las sociedades y entidades que solicitaban mi modesto consejo jurídico o la defensa de sus derechos como experto en estas cuestiones, experiencia adquirida —, en los Tribunales de justicia —, en libros y revistas, en los que colaboré con decidido entusiasmo, y en el constante ejercicio del deporte cinegético.*

*Siempre seguí con interés y tomé parte en las discusiones entre los pescadores de más nombra-  
día y asistí con ellos a fiestas y concursos de pesca; formé y formo parte de sociedades donde se labora en defensa y fomento de la caza y de la pesca y gusto de escuchar las notables conferencias que se celebran semanalmente en «El Sport*

*de Pesca y Caza» donde se aprende tanto que llega el expectador a «envenenarse», como dicen los pescadores, y sale corriendo a comprarse una «Caña» que bien puede volverse en «lanza» si no se sabe manejar.*

*Tengo, pues, alguna noción de la práctica de tan interesante deporte, aunque no fijé las ideas, ni seguí un método, padezco lo que pudiéramos llamar una saturación desordenada, algo así como el haber oído campanas y no saber dónde, pero las he oído bien, con toda la amplitud de su sonoridad; es cuestión de retentiva.*

*También buceé en la literatura pesqueril que abunda mucho más que la cinegética, pudiendo apreciar que del extranjero nos importan libros, primorosamente condimentados, que nos incitan a la gula del deporte.*

*La bibliografía de pesca está, pues, bien nutrida aunque en ella se observen algunos claros. Se habla de la pesca en general, de sus procedimientos más en uso, pero no existe un libro dedicado a una sola especie y a un solo procedimiento que explique, prácticamente o de modo gráfico y claro, el modo de emplear aquel procedimiento.*

*Entre las especies más preciadas por el pescador fluvial se encuentra la trucha, cuya pesca requiere conocimientos especiales y máxima preparación en el que ha de practicarla. Si se nos permitiese la comparación afirmaríamos que la pesca de la trucha en nuestros ríos serranos es análoga a la caza de la perdiz «en mano», ricos ambos deportes en emociones insospechadas y en cuyo ejercicio se han de desarrollar todas las*

*energías del deportista y el más refinado arte para obtener el fruto.*

*¡Con cuánta pericia manejó la caña y ganó un concurso de lanzamiento el señor Carrére! ¡Qué amenos me fueron sus relatos de pesca, cuando practicaba en Francia, como aquí lo practica, este bello deporte! Su arte para confeccionar la «mosca artificial», sus conocimientos técnicos, su preparación bibliográfica, su extensa cultura, su pericia, en suma, le han colocado en la primera fila de nuestros pescadores «trucheros». Con estos antecedentes no es mucho aventurar que cuanto él dijese sobre la materia sería la última y más autorizada opinión.*

*D. Luis Carrére, descendiente de distinguida familia francesa, que goza de posición independiente, ha escrito el presente libro con la acertadísima colaboración de los notables dibujantes D. Manuel Sierra «Mel» y D. Manuel Fernández Varés «Fervá», que han representado con arte y claridad: el primero la portada y el segundo todo cuanto se hace destacar en el texto de tan pulcra e interesante publicación, que contiene una admirable monografía sobre la pesca de la trucha con mosca artificial. En ella se dan reglas precisas y sabias, no sólo sobre el arte de esa modalidad de la pesca fluvial, sino sobre el empleo del material y sobre la fabricación de las diferentes clases de «mosca» que se emplean en España, incluso la «Pallareta» que inventó un asturiano, maestro en el arte de la pesca.*

*El neófito encontrará en el libro del señor Carrére el necesario aprendizaje; el pescador re-*

*soloverá cuantas dudas puedan ofrecérsele en la práctica y el bibliógrafo, un pequeño texto educativo y útil para su biblioteca.*

*Hace unos cuantos años salí de excursión piscatoria con un amigo a San Fernando de Jarama. Mi compañero de excursión armó sus cañas y comenzó a sacar peces, sin dar paz a la mano.*

*Aquella actividad de mi amigo me impulsó a pedirle una de sus cañas y aquel cebo que tanto excitaba el apetito de los peces; y... me puse a pescar con verdadera decisión.*

*Saqué un pez y me dije: ¡Ya soy pescador! atendiendo al refrán; pero lo difícil, lo insuperable, fué colocar el cebo en el anzuelo, me pinchaba los dedos, desmenuzaba entre ellos, con gran repugnancia, el gusano y cuando levantaba la caña para ir a lanzar, no sabía correr el sedal y me clavaba el anzuelo en los pantalones o en la americana al tratar de coger el aparejo.*

*Mi amigo acudió en mi auxilio, me dió unas lecciones y conseguí sacar dos o tres peces, me puse nervioso y al pretender «lanzar» usando la caña, a modo de látigo, enredé los aparejos y el sedal en la rama de un árbol que tenía detrás y en el que no había reparado. Se rompió el sedal y se partió la caña terminando nuestra diversión.*

*Al regresar a Madrid comentamos, con otros pescadores, los incidentes de aquella excursión en la que se puso de manifiesto que no basta poseer una caña de pescar, con sus aparejos y útiles necesarios para dedicarse al deporte; es preciso tener una preparación, poseer cierta aptitud, y una buena dosis de afición para ser pes-*

*cador, que la pesca requiere arte y determinados conocimientos para practicarla, y mucho más refinados cuando se trata de pescar la trucha. El pescador truchero tiene que ser muy experto en el manejo de la caña; tiene que dar vida a la «mosca artificial» que oculta el anzuelo, hacerla desear al pez y dejarla caer en el momento preciso en que la trucha la acecha o la busca atraída por el engaño. ¡Nada tan extraordinario, ni emocionante, que colme la satisfacción del deportista como aquel momento de extraer del río, a veces tras ruda pelea con el salmónido que se resiste a salir, el pintado y carnosos cuerpo de la «trucha común» o «arco iris» que tiene una belleza incomparable y constituye un succulento manjar!*

*Siento especial admiración por D. Luis Carrère a quien profeso fraternal afecto y después de haber leído el original de su libro, al que han de seguir otros, me afirmo en mis juicios sobre la maestría y singular competencia de tan excelente compañero que acabó por «envenenarme», que tal maleficio o virtud tiene la lectura de su amena publicación.*

M. MORALES DE ACEVEDO

---

I

## INTRODUCCION

La pesca de la trucha con moscas artificiales es un verdadero deporte que, como tal, necesita su entrenamiento y algunas condiciones especiales en quien lo quiera practicar con cierta perfección.

Existe un abismo entre el inquieto «truchero» y el pescador sedentario que atenta dulcemente contra la vida de los ciprínidos en un trágico ambiente de silencio e inmovilidad.

El pescador de truchas suele practicar de continuo varios deportes que por sí, separadamente, son considerados como violentos: la esgrima, la marcha, el alpinismo acrobático y, cuando el accidente imprevisto lo requiere, la natación...

El manejo de la elegante caña de bambú refundido, ligera y flexible como un florete, siempre sujeto a reglas bien definidas, en un asalto que muchas veces dura de sol a sol, es nuestra esgrima.

La marcha es un factor importante del éxito. Cuando se pesca «a la mosca», se dan tales paseos

en busca de nuevas corrientes, que podrían constituir un record para muchos cazadores de perdices.

Se practica el alpinismo cuando en los ríos de montaña se presenta el «gran sitio», a veces de acceso delicado, con sus «chimeneas», sus «cornisas», sus paredes verticales inaccesibles o infranqueables, con la agravante de la impedimenta y la delicada caña truchera en la mano.

En cierto modo se practica otro deporte: el tiro al blanco, cuando el pescador, de un lance certero, coloca con precisión matemática su mosca en el punto donde se ha de encontrar lógicamente una trucha.

Si se añade a todo esto el salto de altura o de longitud, y a veces varios centenares de kilómetros en tren, en coche o motocicleta, nadie podrá negar a la pesca con moscas artificiales el título de deporte completo.

Después de lo expuesto se comprenderá fácilmente que para practicarlo hace falta una fuerte dosis de voluntad y un temperamento rudo e independiente. No es deporte para ser presenciado por el «gran público», ni tampoco para emociones compartidas. En cambio da una inmensa satisfacción, egoísta quizás, pero de una naturaleza tan superior que, pescando, se pierde la noción del tiempo y del lugar, y el espíritu se transporta a un mundo ideal

donde se experimenta la sublime sensación de la belleza, de la poesía y de las ilusiones.

En los países del Centro y Norte de Europa, así como en Norteamérica, abundan individuos de gran significación intelectual o política que hacen alarde de su afición y habilidad para la pesca con moscas artificiales.

En España hace más de un siglo, que en ciertas provincias del Norte se viene practicando esta modalidad de pesca, pero la mayoría de sus adeptos son de condición modesta.

El deportista español suele ser buen cazador y excelente tirador. En el campo, hasta hace poco tiempo, encontraba la suficiente distracción sin tener que dedicarse a la pesca. No quiero establecer el clásico paralelo entre la caza y la pesca, para verme obligado a fallar, tal vez con injusticia, en pro de una u otra afición. Deseo, sencillamente, hacer constar un hecho que nos interesa porque explica con claridad que si aquí no se ha creado un estilo especial, genuinamente español, de pesca de la trucha, es por la poca cantidad de pescadores refinados con que ha contado la afición, entregada casi por completo al divino culto de Diana.

Hoy, los tiempos han variado. Poco a poco, gracias a la labor divulgadora de las Sociedades de Cazadores y Pescadores, a la crónica radiada, al cine, a la prensa deportiva y a la rápida destrucción de la

caza, los aficionados al arte de San Pedro son cada día más numerosos. Con el nuevo contingente se ha elevado de modo notable el nivel moral de la afición.

Hoy, tenemos ya pescadores científicos. Mañana quizás, gracias a ellos tengamos un estilo nacional.

En mis frecuentes y largos viajes por el Norte de la Península, tuve muchas ocasiones de salir con aficionados de gran renombre. Pude observar la manera, el estilo, de cada uno sin encontrar en ellos algo común, típico de la provincia, algo suyo con sabor local, que determinara una diferencia entre el modo de pescar español y el que emplean los ingleses. También en Francia, en Alemania, en Suiza, países donde he pescado mucho y visto pescar, estamos todos influídos, y lo están todos los buenos pescadores, por el estilo inglés que es el único practicado, bien sea a una mano o a dos; y es que no existe otro más racional y práctico cuando se trata de pescar con moscas artificiales.

Los pescadores de trucha reconocerán conmigo que en España los maestros de este arte son los asturianos, los montañeses, los navarros y los gallegos. Existen, pues, en todas las provincias del Norte verdaderas notabilidades, gente que, no lo dudemos un momento, pesca tanto o más que el inglés más renombrado, pero lo hace copiando ese mismo estilo británico, si es pescador refinado; sin embar-

go, si el pescador no posee ese refinamiento no sacará tantas truchas, aunque sea mucha su maestría y conozca los ríos de su comarca.

Si nuestro estilo no es puro, y si lo copiamos del extranjero, poseemos en cambio algo clásico, genuinamente español, de lo que debemos justamente presumir y enorgullecernos ante la afición internacional: nuestro inagotable surtido en moscas. Las tenemos asturianas, navarras, castellanas, todas de un tipo y de una concepción completamente original, confeccionadas, además, de una pluma cuyos reflejos metálicos son incomparables: la pluma del gallo que se cría en León.

La existencia de estas moscas especiales es lo que nos sirve de base para afirmar la existencia si no de una escuela, por lo menos de un arte nacional: la fabricación de la mosca. En este Tratado indicaré cómo hacemos la mosca en España y cómo la manejan los ingleses. Iré en busca del refinamiento del arte: la mejor mosca, manejada con el estilo más elegante y eficaz.

El escritor o el publicista, en revistas o libros de pesca, suele sacar a relucir palabras y modismos ingleses o franceses para que el lector quede anonadado y no llegue a darse cuenta de lo que se le quiere decir. El que emplea tales medios de expresión se equivoca, pues es tan rica en palabras la lengua castellana que en ella se encuentra cuanto quiera

expresar el pensamiento, y es factible de una nueva terminología, que es en el caso de la pesca una aportación indispensable. Un modo más, al fin y al cabo, de hacer patria...

Me parece racional: primero, traducir o adaptar al castellano; luego indicar entre paréntesis la palabra inglesa, cuya cita tiene por único motivo el que dicha palabra la encontramos siempre en los libros y catálogos extranjeros y nacionales que tratan de este deporte.

Ciertas traducciones y adaptaciones me han resultado aproximadas. La creación de unas nuevas palabras técnicas son del inglés traducido. Pero, el placer de escribir en castellano...

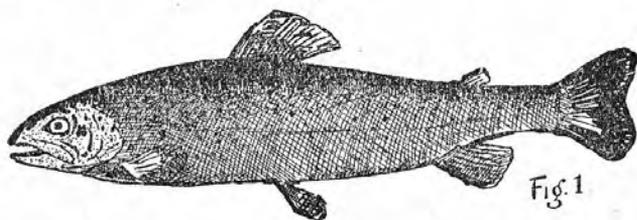
---

## II

# LA TRUCHA

Tenemos en España todas las variedades de truchas existentes en Europa.

La Trucha Común (fig. 1.<sup>a</sup>) se encuentra en España, por ser especie indígena. Es la que más abun-

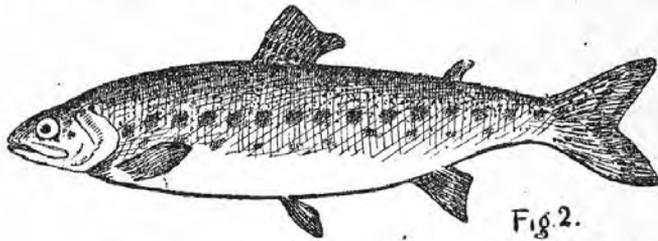


Trucha común.

da y ofrece el mejor deporte. Necesita para vivir aguas frías y muy oxigenadas.

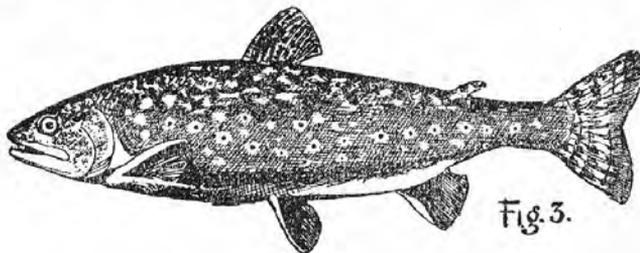
Otra especie muy abundante, por haber sido la base de muchas repoblaciones en la Península, es la llamada Arco Iris, variedad oriunda de los Estados Unidos (fig. 2.<sup>a</sup>). Esta trucha tiene las enormes ventajas de soportar aguas de temperatura elevada (22° cent.), y de adquirir en muy poco tiem-

po proporciones notables. Para dar idea del fantástico crecimiento de dicha variedad, diré que he visto unos ejemplares pescados por los señores Ortiz de la



Trucha arco Iris.

Torre y Ezequiel Quijano, en la laguna de Alsa, próxima a Bárcena de Pie de Concha, donde en dos años la trucha ha llegado a medir un promedio de cincuenta centímetros con un peso de dos kilogramos y cuarto. Creo necesario dar aquí estos detalles para los aficionados que tuvieran facilidades de po-



Trucha de lago.

blar una laguna susceptible de tener truchas y quisieran divertirse rápidamente.

La Trucha de Lago (fig. 3.<sup>a</sup>) a pesar de su nombre, se encuentra también en los ríos trucheros es-

pañoles. Sus colores son muy vivos y bellos, y su tamaño llega a adquirir buenas proporciones.

Otra trucha que abunda por los ríos del Cantábrico, es la de Mar. Vive cerca de los estuarios y se pesca exactamente como la Trucha Común. En realidad, a pesar de lo que digan ciertos puristas, no existe una clase de pesca distinta para cada variedad de truchas, sino que todas se pescan del mismo modo, sin que el deportista, al pescar en un río truchero que contenga distintas variedades pueda decir y demostrar que sólo va a capturar con especialidad una de las variedades.

No obstante, he de hacer una observación muy interesante: la Trucha Arco Iris no parece saltar a la mosca con la misma decisión y la misma fiereza que la Trucha Común.

La «Trucha de mosca» es generalmente de un peso que oscila entre 125 y 250 gramos. Pocos son los ejemplares, que el aficionado captura durante la temporada, que pasan del kilogramo. En cambio, ningún cebo da con la misma regularidad un número tan elevado de truchas. La cantidad de las capturas hace esta pesca muy entretenida y rica en gratas emociones.

Se oye decir a veces, por aficionados inexpertos, que no se puede pescar todo el año con moscas artificiales. Reconozco que en algunas semanas de frío intenso, de grandes riadas, o de nevadas muy abun-

dantes, no se pesca con moscas. Pero en los meses más crudos de diciembre y enero, los días de blandura con viento oeste, o sur, se utilizará con éxito la mosca artificial, empleando, desde luego, la que requiera el día, el sitio y la época.

Para el litoral del Cantábrico, la mejor temporada de pesca es de febrero a julio.

En el centro de la Península, de clima más frío, de marzo a julio.

Para los ríos del Pirineo y de alta montaña, en general, los meses de abril a septiembre son los mejores.

En verano, sobre todo en Castilla, los ríos vienen muy bajos de aguas y la pesca es tan perseguida por los «furtivos» que, salvo contadas excepciones, es mejor no pescar.

He hablado de la pesca durante los meses de noviembre, diciembre y enero, bajo el punto de vista teórico. Es la época del desove de la Trucha Común, durante la cual el aficionado se debe abstener de pescar.

La Ley vigente, hasta hace un año, establecía una veda de seis meses, durante los cuales no se podía pescar con caña. Esta veda empezaba en agosto y terminaba el 15 de febrero.

Actualmente la pesca de la Trucha con caña es libre todo el año, pero en el proyecto de la futura Ley de pesca que se propone presentar el Comité

Provincial de Caza y Pesca de Madrid, figura una moción personal que sitúa la veda entre 15 de octubre y 1.º de marzo, es decir, durante la época de desove de la Trucha Común. La Trucha Arco Iris desova algo más tarde, hacia marzo o abril (en la provincia de Madrid), pero no se puede sacrificar el turismo a una variedad dos veces más prolífica que la común, y cuya repoblación resulta baratísima.